

EL HOMENAJE DIGNO DE DURRUTI

Hoy, veinte de noviembre, el nombre de Durruti, su historia de revolucionario integro, sus luchas por la causa del proletariado, su formidable actuación en las jornadas gloriosas de julio y en los frentes de Aragón y Madrid, su amor ardiente a la libertad, serán ensalzados en la Prensa de todos los sectores antifascistas. El homenaje a Durruti volverá a poner en toda la España antifascista, aunque sea por breves instantes, un mismo pensamiento, una igual expresión de gratitud e idéntica incitación a proseguir el ejemplo del héroe máximo de la revolución española. Durruti no admite discusiones; su pasado de combatiente libertario, jefe y camarada de los milicianos, su significación en la gesta ibérica, no se prestan a polémicas, a sumas y restas para calibrar su personalidad, para definir ante la historia el volumen del anarquista, del revolucionario de acción, del propagandista, del hombre que orienta marchando siempre adelante dando el pecho a todos los peligros, contagiando su propio valor a quienes le siguen, poniendo en la sangre de sus hermanos de lucha el fuego avasallador que supera todos los obstáculos.

No será discutida la personalidad de Durruti; no. Todos rendirán su homenaje, pondrán de relieve la pérdida insubstituíble; reproducirán sus frases y consignas.

Estamos prosiguiendo la lucha que tuvo en Durruti el más grande de sus soldados. Continuamos la guerra y debemos alcanzar la victoria que Durruti señaló como la única aspiración irrenunciable.

Visado

Durruti habló para la retaguardia. Habló en nombre de los proletarios de las Milicias que en los frentes recogían el eco de la retaguardia, en que muchos se jugaban viviendo como si la guerra no existiera. Durruti exigió a la retaguardia una línea de conducta. Y por encima de todo proclamó como un deber, que nadie podía eludir, el de eliminar en absoluto las sencillas, las pugnas de partido, las rivalidades de sector, las maniobras y los planes que sembraban la desmoralización en la retaguardia.

por la

Durruti habló para la retaguardia. En una sola de sus frases está expresada con la sencillez y la visión realista que distinguieron al héroe, la clave fundamental de nuestro triunfo: UNIDOS Y TENACES, VENCEREMOS.

censura

Para Durruti, la unidad antifascista, la unidad revolucionaria, la moral de guerra en la retaguardia, el sacrificio de todos para la causa común, fueron las premisas básicas que todos los partidos y todas las organizaciones debían aceptar, renunciando a intereses y comodidades, a ambiciones y sueños dictatoriales. Unidad, unidad para la victoria, es lo que en boca de Durruti tenía antes de su muerte el significado de una consigna escrita con el sangre de los héroes proletarios que con él pelearon al fascismo; y que tiene hoy, en este primer aniversario doloroso, en momentos terriblemente graves para la suerte de la España revolucionaria, el valor de un testamento político que nos impone un rumbo, que nos exige un deber. ¡Y el mejor homenaje, el más digno de los tributos, que pueden prestarse los sectores antifascistas que hoy coinciden en ensalzar la figura de nuestro compañero, sería el de dar cumplimiento, sin más tardanza, a aquella consigna, voz de orden para los antifascistas sinceros, brújula orientadora para los verdaderos revolucionarios de España: UNIDAD, PARA VENCER!

Es el homenaje que Durruti merece. El más adecuado y digno del gran luchador que dió su vida por nuestra causa.



SOLIDARIDAD INTERNACIONAL ANTIFASCISTA DE CATALUÑA, saluda en DURRUTI la alta bandera de la solidaridad

Si se pregunta qué es España a un trabajador del extranjero, éste siempre contestará: «DURRUTI». Porque Durruti es la bandera que reúne en sí lo mejor y más vibrante de nuestro pueblo; su inmenso sueño de justicia; sus ansias de fraternidad; su insubstituíble inclinación a la libertad.

Pero a Durruti, su vida y su lucha, como a España, sólo puede comprenderse a través de una sola palabra: SOLIDARIDAD.

La vida del héroe, como la de España, es la de la libertad abriéndose camino entre la sangre; la del amor libertado en el terrible fragor de la batalla.

SOLIDARIDAD INTERNACIONAL ANTIFASCISTA, que es carne y sangre ibérica, saluda en Durruti a la alta bandera de la solidaridad.

CONSEJO REGIONAL DE S.I.A. DE CATALUÑA
Secretaría de Prensa y Propaganda

Episodios de la vida de Durruti

El grupo de acción

Durruti se vio obligado a salir de España, después de la huelga ferroviaria. Francia, refugio de los españoles perseguidos por la monarquía, le acogió también a él. Trabajó en París durante tres años como mecánico. Recibió constantemente informaciones de los compañeros. Durruti cruzó la frontera francesa y volvió a España dispuesto a poner todo su esfuerzo al servicio de la revolución. En San Sebastián militó en los grupos anarquistas, y combatió contra la monarquía. Con Francisco Ascaso, Jover y García Oliver formó un grupo de acción.

El pistolero oficial sembraba el terror en las filas obreras. Cada día era asesinado alguno que otro compañero. Era presidente del Consejo de Ministros, Dato, quien amparaba oficialmente a los asesinos obreros. Dato fue ajusticiado. El grupo Durruti se estableció en Barcelona. Era el grupo de defensa de los hombres de la C. N. T. y del anarquismo. El gobernador Martínez Anido y el jefe de policía Arlegui acobardaban con sus crímenes la ciudad de Barcelona. García Oliver, Ascaso, Jover y Durruti con sus pistolas mantenían a raya a los asesinos.

El cardenal Soldevila organizaba y pagaba también a los pistoleros. Ascaso fue a Zaragoza y mató al cardenal Soldevila.

La clase trabajadora española veía en esos hombres a sus mejores defensores. Por defender a los obreros, exponían diariamente su vida. Predicaban con el ejemplo. No engañaban ni embarcaban a nadie. Cuando había que realizar una labor difícil, ellos eran los primeros en llevar a cabo. Por eso el pueblo los amaba y los quería.

Las autoridades descubrieron la labor que hacía el grupo Durruti, y todos sus componentes fueron implacablemente perseguidos. Ascaso y Durruti tuvieron que huir de España. Se refugiaron en la Argentina.



DURRUTI, EN LA GUERRA

Nos acercamos a un grupo numerosísimo que en torno a unas ametralladoras que yacían separadas por el suelo, hacían comentarios sobre el empleo de dichas armas. Un hombre alto, de complexión robusta, moreno, curtido su rostro por el sol y el aire de mil climas distintos, de ojos pequeños y vivaces, se acercó al grupo y ordenó que se montaran y probaran dichas máquinas, para llevarlas inmediatamente a la línea de fuego.

En pocos minutos los aparatos quedaron en disposición de disparar. Durruti — el gigante que momentos antes se había acercado al grupo — señaló un objetivo, y las ametralladoras tablearon instantáneamente durante unos segundos, haciendo añicos el blanco, situado en el lomo de una pequeña colina, a unos quinientos metros de distancia.

«Buenos muchachos; así hay que tirarle al enemigo — dijo Durruti —, sin temblar. Y tened en cuenta que antes de abandonar una ametralladora, hay que dejarla viva. El que no tenga corazón para apoyar el hombro tras ellas, que lo diga; pero si que abandone un arma, si no lo fusilan los fascistas, lo fusilo yo. Pensad que en el punto de mira de esos cañones está la libertad del pueblo, pensad que es preferible perder la vida antes de abandonarlas; pues estas mismas armas vomitarán después fuego sobre nosotros. Con estas armas entraremos en Zaragoza, de allí marcharemos a Pamplona, en donde entraremos con la cabeza del traidor Cabanellas en el tapón del raudal de mi coche. Y no pararemos hasta que la bandera roja y negra ondee en todos los pueblos de Iberia. Es necesario que sepáis que al salir de Barcelona fuimos volando victoriosos; y los hombres deben cumplir lo que prometen. Así es que, muchachos, coged esas armas y cuidadlas como a vuestras propias vidas; marchad, si queréis, hasta Zaragoza, pero no las abandonéis ni retrocedáis mientras os quede un dedito de vida, y un proyectil en la recámara ¡Salud!»

Hablaba como un iluminado, y un poderoso optimismo que se desprendía de él y que flotaba en el ambiente, se apoderaba de todo: era un idealista como jamás viamos. Un profesor de energías, o como diría Alejandro Gassón: un profesor de optimismo, pero de un optimismo extraordinario a cuyo empuje arrollador cedia todo. Cuando me presentaron a él, para que me concediera autorización para circular libremente por el sector que estaba bajo el dominio de la columna, me di perfectamente cuenta de que estaba ante un hombre extraordinario. Al día siguiente me invitó a recorrer, en su compañía, todo el frente. Por el camino me fué explicando alguno de sus proyectos, que con gran ilusión estudiaba desde hacía mucho tiempo. Pensaba convertir a Bujarroz en un gran centro de aprovisionamiento para la columna. Tenía el propósito — y algunas cosas fueron puestas en práctica antes de marchar a Madrid — de instalar grandes talleres mecánicos para reparación de armas, de automóviles, tanques, etc., e incluso para la fabricación de bombas y otros aparatos necesarios para la guerra. Me aseguraba que en poco tiempo los hombres de su columna andarían bajo tierra y estarían perfectamente protegidos contra los ataques aéreos, y hasta contra los gases. A través de los pueblos que estaban en nuestra ruta, me mostraba orgulloso las banderas rojinegras que ondeaban en las vetas de las torres y en las cúpulas de los templos.

A los diez minutos de estar a su lado, un optimismo sano y potente lo invadía a una de las formas que lo hubiera seguido hasta el lugar que él se hubiera propuesto. Y este optimismo era el que arrastraba a las masas, y el que utilizaba a su valor extraordinario, hombre de bien, camaraderista, y uno de los mejores de la estrategia, fante de hechos victoriosos la rifa seguida por sus bravos guerrilleros desde su salida de Cataluña.

De una estrófica de Carrasco de la Rubia.

García Oliver, amigo entrañable de Durruti, nos habla del héroe

—¿Siempre has actuado con Durruti?
—Sí, y con Ascaso desde el año 1923.
—¿Dónde os encontrábais cuando estalló el movimiento faccioso?
—En Barcelona. Hacía ya cinco días que no dormíamos. Sabíamos que iba a producirse de un momento a otro y estábamos preparados. Los compañeros, distribuidos por barrios. Esperábamos.
—¿Estuvisteis juntos en los primeros días de lucha?
—Sí. Ambos formábamos parte del Comité de Milicias, luego marchamos hacia Aragón... Mas tarde, cuando yo ya era ministro, lo vi en Valencia de paso para Madrid.
—¿Qué opinas de la ida de Durruti a Madrid con su columna catalana?
—Yo fui contrario en absoluto. Durruti no debió ir a Madrid en esas condiciones. Todavía cuando veníamos en el coche a Barcelona discutimos con Federica; yo le preguntaba si lo que se quería era mandar a una muerte segura o conservar su vida que había de ser tan útil a la Revolución. Dada su audacia y valentía extraordinarias, me parecía una verdadera temeridad dejarle ir al frente de un puñado tan reducido de hombres. Distinto hubiera sido el hubiese marchado con una columna de cincuenta mil milicianos. Por admirable que sea el gesto que le costó su muerte, lamento que no se me haya escuchado, pues algo pensando que debimos salvarlo para la Revolución, precisamente en esos momentos de tan grave peligro. Y si hoy volviera Durruti...
—¿Qué impresión causó en Madrid la llegada del héroe?
—¡Oh! Levantó un entusiasmo indescribible e inusado en todos la confianza, cosa natural no solamente por el prestigio de su nombre, sino por el aplomo con que actuó en la capital en momentos en que todo era confusión.
—La actuación de Durruti en Madrid, ¿tuvo eco en el Gobierno?
—Hubo de sugerir al jefe del Gobierno, camarada Largo Caballero, que se nombrara general a Durruti y se le encomendase la defensa de Madrid.

En el preciso instante en que Largo Caballero estudiaba mi propuesta, nos llegó la noticia de su muerte. No creo que pueda decirse nada en contra del general Miaja, porque a un año de aquellos días angustiosos, Madrid, con Miaja sigue existiendo para el antifascismo y la Revolución. Sin querer disminuir la personalidad de Miaja, creo que Durruti hubiera logrado el mismo resultado.
—¿Qué puedes decirme de los pocos días de lucha que vivió Durruti en Madrid?
—Estuvo continuamente en contacto directo con su gente, viviendo la guerra de verdad. En las primeras líneas de fuego durante el día, al anochecer, bajaba al ministerio de la Guerra para conocer las disposiciones a cumplirse el día siguiente. Por eso murió.
—¿Recuerdas algún episodio?
—Veinte y cuatro horas antes de que se volase el Puente de los Franceses, encontrábame yo con Durruti en la misma boca del puente, entre el estrépito formidable de la batalla que se estaba librando; nos pusimos a comer, con un grupo de soldados, el pan de ellos y un poco de cabeza de buey en stambre. Durruti, con su serena y oscura su jovialidad y carácter guasón, mientras mordía el pan y el stambre soltó una carcajada y exclamó: «Buena comida de ministro». Un miliciano contestó excepcionalmente: «¡Bah, los ministros ni pisan el suelo cuando oyen un tiro o un uso de las pistolas más aún, le replicó señalándole a mí: «¿Cómo que no? Eso que tienes allí es un ministro». Desde luego, no hubo manera de convencer a los soldados de que hubiera un ministro comiendo cabeza de buey en stambre.
—¿Conocías a su hija?
—Ya lo creo. Nos llamaba «padre» a todos los del Grupo. Es una niña de cinco años, muy mona, extraordinariamente simpática y muy parecida al padre. La queríamos mucho.
—¿Qué te parece que sería Durruti, hoy, si viviera?
—Jefe de cuerpo de Ejército. Todos sabemos lo que opinaba él de la militarización, de la disciplina, de la guerra, etc., etc.



El gran luchador con el corazón roto...

